

COMUNICADO

Un día, un hombre, un artista, hondamente enraizado en esta nuestra tierra vasca, pero abierto a lo universal, un amante de la libertad que pagó con años de cárcel su compromiso para con ella, encontró un bosque, este bosque de Oma, en medio de su tierra. Con cariño y respeto lo utilizó para crear arte. Arte, como él, con profundas raíces vascas y vocación universal (miles de visitantes de variadas procedencias se han extasiado contemplándolo). Arte que humaniza la naturaleza y recuerda al ser humano sus orígenes materiales y simbólicos.

Pero en esta misma tierra en la que nació el artista y han crecido los árboles que le han servido de lienzo, convivimos con personas caídas en una profunda sima de deshumanización. Personas que afirman amar a la naturaleza y talan árboles. Gentes que dicen identificarse con las señas de identidad de lo vasco y destruyen una de sus expresiones simbólicas más conseguidas. Individuos que proclaman luchar por la libertad y pisotean la del artista que crea y la de quienes gozan estéticamente con esa creación.

Ante este ataque a la naturaleza en una de sus expresiones más bellas y fecundas, el bosque, ante el ataque al arte en una obra que, como todas, es un canto a la libertad creadora del artista, ante el ataque a símbolos que conectan con la historia compartida de tantas generaciones que nos precedieron, ante el ataque en la persona del artista a quienes hipotecaron vida y hacienda para que pudiéramos vivir en paz y libertad, ante el ataque al patrimonio de todos, pues no otra cosa es el arte en medio de la naturaleza, no podemos permanecer impasibles. Nos jugamos elementos fundamentales de nuestra propia humanidad si no reaccionamos ante esta barbarie.

Por ello, hemos acudido a este bosque a plantar dos retoños, promesas de futuros árboles. Con ellos expresamos nuestra denuncia ante la brutal agresión sufrida por el arte encerrado en este bosque, por quien creó ese mismo arte y por quienes queremos seguir disfrutando de su contemplación. Recordamos también a todas esas personas a las que la misma ceguera fanática amenaza, acosa y hiere, a veces hasta la muerte. Renovamos el compromiso de no callar ante la estupidez de quienes se creen en posesión de la verdad más absoluta (lo que constituye la garantía más cierta de encontrarse radicalmente equivocado) y el de mantenernos cercanos y solidarios de quienes, como Agustín Ibarrola, sufren en primera persona y en uno de sus bienes más preciados, el de la libertad, la agresión del fanatismo y la estulticia.

Acabamos reafirmando que con la misma esperanza en que estos dos retoños habrán de ser en el futuro árboles frondosos, confiamos en conseguir, entre todos y todas, una sociedad vasca en la que no tengan cabida expresiones de intolerancia e incultura como las padecidas hace unas fechas por este bosque de Oma.

Kortezubi, 28 de mayo de 2000